

ENTRE BOLEROS

Consuelito Martínez apoyó la cabeza en el cristal de la ventana para mirar el río. En más de una ocasión había visto al Duero desbordarse a su paso por San Esteban y por nada del mundo quería verlo otra vez más, y menos aún siendo agosto y arrastrando una sequía que lo hacía bajar casi sin agua. Pero Consuelito tenía ahora tantas ganas de llorar que de haberse entregado al asunto del llanto de seguro sus lágrimas habrían llegado hasta las cocheras de La Rambla. Sin moverse de la ventana se llevó la mano al estómago intentando deshacer el nudo de nervios que se le había puesto encima del ombligo por culpa de aquel hombre de traje gris y corbata a rayas, al que no conocía de nada, y que unos minutos antes había llamado a la puerta de su casa diciendo que tenía que darle una gran noticia. De no haber sido por la buena planta del caballero, y porque la radio de la cocina le regalaba en ese momento otro bolero de Los Panchos, cuando aquel hombre le contó lo que había venido a decirle dudó entre ponerse a llorar o perder el conocimiento, que llantos y desmayos estaban indicados para la ocasión.

Reloj no marques las horas
porque voy a enloquecer
ella se irá para siempre
cuando amanezca otra vez

No había hecho más que empezar el programa "Mañanitas de boleros" cuando sonó el timbre. O lo que era lo mismo, habían llamado a su puerta cuando todavía no llevaba una hora en el horno la paletilla de lechazo que Consuelito tenía prevista comerse como regalo de cumpleaños. Ése sería su único capricho, una paletilla del mejor lechazo. No había para más. La noche anterior la había adobado con ajo, aceite, sal, orégano y pimienta, dejando que reposara de largo según había aprendido de una de las señoras de las casas

que limpiaba y que presumía de ser la mejor sanestebeña haciendo lechazos. Así pues, con un programa de boleros en la radio y una paletilla al horno, lo que menos esperaba Consuelito es que un hombre de traje gris y corbata a rayas llamara a su timbre. Fue abrirle y comprobar lo bien parecido que era, además de educado, y es que según le dio los buenos días le dedicó una leve inclinación de cabeza para decir que venía a entregarle un telegrama a su nombre, pero no un telegrama cualquiera, sino uno que había permanecido extraviado treinta y siete años. Consuelito se quedó mirándole sin atender lo que decía, más entretenida en ver lo bien que le quedaba el traje gris y la corbata a rayas, por lo que él volvió a repetir, añadiendo ahora que era el Jefe Segundo de la Oficina Principal de Correos de Soria, la que estaba en Paseo del Espolón, 6, que había venido personalmente a pedirle disculpas y entregarle telegrama tan particular.

Toda una vida,
me estaría contigo
no me importa en qué forma
ni donde, ni cómo, pero junto a ti.

De no haber estado acompañada de Los Panchos, por muy atractivo que le resultase, Consuelito no le hubiera dejado entrar, pero escuchando el bolero y con el lechazo ya en el horno, no encontró razón para no hacerlo. Le invitó a pasar y sentarse en el sofá del comedor mientras ella iba a cocina a quitarse el delantal, a la vez que aprovechaba para darle vuelta a la paletilla y regarla con su jugo, luego le puso una cama de patatas panaderas que tenía preparadas, y salió a atender a aquel hombre tan fino y elegante, que de haber avisado con tiempo la hubiera encontrado vestida de otra manera.

- Sra. Martínez... -dijo el Jefe Segundo.
- Señorita -corrigió ella.
- Perdón..., Srta. Martínez..., Vengo en nombre de Correos a pedirte disculpas por un retraso injustificado de treinta y siete años en la entrega de un telegrama. Sé que no hay palabras que sirvan de descargo porque es imposible explicar lo que pudo suceder. Somos humanos y como humanos cometemos errores, pero nunca debería ser con un telegrama, y cuando digo nunca, créame que es nunca. Por eso le pido que, por favor, acepte nuestras disculpas, en la certeza de que jamás volverá a repetirse.

Consuelito asintió con la cabeza, se tocó el pendiente izquierdo que de continuo se le giraba dándose la vuelta para dejar ver la cara menos plateada de la luna, la que no tenía perlita, y se preguntó en silencio a qué venía tanto protocolo para entregarle un telegrama cuando hubiera sido suficiente avisarla y decir que lo recogiera en la oficina de Correos de San Esteban de Gormaz. Aún así, firmo el libro de servicios, un libro viejo de tapas gastadas, donde comprobó que todos los huecos para la firmas de entrega estaban cumplimentados a excepción del suyo. No hizo más que estamparla y el hombre del traje gris y corbata a rayas le hizo los honores entregándole el telegrama y el libro *Historia de los Correos y Postas desde el siglo XVI hasta nuestros días*, regalo de la oficina de Soria como compensación a los inconvenientes sufridos.

- ¡Treinta y siete años! -exclamó el Jefe Segundo-, y por fin en manos de su destinatario. Deber cumplido.

Pasarán más de mil años, muchos más
yo no sé si tenga amor, la eternidad
pero allá tal como aquí,
en la boca llevarás, sabor a mí.

Consuelito volvió a dar la vuelta al pendiente antes de levantarse con el telegrama entre las manos, que acarició como si fuera un misal al que estuviera a punto de rezarle un rosario. Se detuvo junto a la ventana que daba al río y miró lo seco que bajaba. Estaba excitada, nerviosa, llena de curiosidad por saber el contenido de aquel papel azul cerrado, que decía en el exterior: Telegrama - Dirección de General de Correos y Telecomunicación, y más abajo su nombre y dirección, que por suerte no había cambiado. Por un momento se preguntó quién había podido mandárselo hacía treinta y siete años, quién tenía que decirle algo tan importante como para hacerlo por telegrama.

En el primero que pensó fue en el jefe de personal del Hospital de Santa Bárbara, en Soria, dónde nada más inaugurarle se presentó para pedir trabajo como limpiadora y donde le dijeron que de momento todas las plazas estaban cubiertas, pero que de producirse alguna vacante le avisarían por telegrama. La segunda persona en quién pensó fue en Julián, su novio del Burgo de Osma, uno que decía que quería estudiar para abogado y que acabó de comercial en una empresa de embutidos, y que después de una discusión por no haberle dado algo más que un beso en el cine tuvo que oír aquello de "*a uno del Burgo no se le hace esto, así*

que de momento lo nuestro ha terminado, pero si tengo intención de volver a verte te lo digo por telegrama". Y por último pensó en el cura del pueblo de su padre, a quién después de mucho rogarle le habían arrancado la promesa de que si algún día su padre natural se avenía a reconocerla y darle apellido, se lo comunicarían de inmediato. Y aunque intentó pensar en más gente nadie le emocionaba tanto como esos tres, que un telegrama de cualquiera de ellos le habría cambiado la vida para siempre. Si no rompió a llorar, y mira que tenía ganas, fue porque estaba delante aquel hombre del traje gris y corbata a rayas, que parecía tan cumplido y, que de seguro la habría atendido sin poner reparos. ¿De quién sería el telegrama? ¿De quién?

... estás perdiendo el tiempo
pensando, pensando,
por lo que más tú quieras,
¿hasta cuándo, hasta cuándo?

Consuelito miró el reloj y supo que en cinco minutos el lechazo estaría hecho, sólo quedaba bañarlo en su jugo y ponerle la hoja de laurel. Tocó con la uña el borde de la solapa para abrir el telegrama mientras Los Panchos repetían la frase de uno de sus boleros favoritos: "estás perdiendo el tiempo, pensando, pensando", y entonces se dio cuenta de que aquel papel todavía podía cambiar su vida, una vida a la que ya se había acostumbrado.

Se pasó la mano por el nudo de nervios del estómago, sonrió al Jefe Segundo, y contó uno, dos y tres, para decidir lo que de verdad quería hacer. Y lo decidió.

Después de treinta y siete años ya no había nada tan urgente que no pudiera esperar otros treinta y siete más. En vez de leer una noticia vieja prefería hacer lo que desde hacía un rato se le estaba pasando por la cabeza.

- Le invito a comer -dijo Consuelito-. Es mi cumpleaños y no quiero estar sola. En el horno tengo el mejor lechazo ojalado que se pueda imaginar. Y por el telegrama ni se preocupe, que según vaya a la cocina lo tiro a la basura sin leerlo.

y tú, tú contestando:
¡quizás, quizás, quizás!